

# El señor de Thulé

Por Claudia Ivonne Giraldo Gómez

**La última vez que lo vi fue en televisión cuando concedía**

**una entrevista; y una frase que dijo en esa ocasión** me sigue

inquietando dolorosamente en este tiempo en que ya no está, definitivamente: como solía hacerlo en los últimos años, Mario le respondió, contundente y resuelto al periodista, sin dar mayores explicaciones, que él no tenía amigos. Más que por la frase, por el tono y por el gesto, entendí su soledad y supuse su desencanto.

Sin embargo, ese hombre que con los años se había vuelto solitario y un tanto hosco, parco en el hablar hasta

llegar a ser lacónico, había sido años atrás, uno de mis mejores amigos.

Lo conocí a mediados de los años setenta cuando yo todavía estudiaba bachillerato. Mario tenía, además de una familia numerosa, una industria propia, Industrias Maro, detrás de la calle Colombia, por la 68. Allá me invitó nuestra amiga común, Emma Lucía Ardila o Malú, como él le decía. Estaba sentado ante su escritorio desde donde atendía, con ese trato franco que revelaba su práctica de la buenagenera, a sus empleados y operarios. Al



frente, su máquina de escribir y los cerros de hojas escritas de la novela en la que entonces se

empeñaba sin que nadie supiera, sin que nadie lo conociera en el medio literario. Desde ese día, Mario se convirtió en parte fundamental de mi vida.

En aquellos días de la adolescencia que suelen ser luminosos y hasta deslumbrantes, ese hombre de unos 45 ó 46 años que era escritor, muy buen lector y además atractivo, fuerte, pleno de energía de vida, me pareció encantador. Supongo que yo le produje esa mezcla de ternura y compasión que nos inspiran los jóvenes que en algo se nos parecen. Tomar con él café en el Le Gris, recibir sus cartas aunque se encontrara en la ciudad, comentar sus textos y los míos, se fueron haciendo parte de las cosas buenas que me pasaban.

A pesar de los golpes y fracasos, de su permanente desarraigo, de un cansancio de vida que se le hacía a veces insoportable, Mario no había perdido aún el entusiasmo por la vida y ese sentido agudo de la observación de sus propios mundos interiores, de los de los demás, y hasta de los de los animales y las plantas que se convertían en personajes protagonistas en su vida, en sus novelas y en sus cuentos. Mario era en ese entonces un hombre alegre, curioso y lleno de pasión por la vida, por las mujeres, por la literatura. En él vida y literatura eran lo mismo. Sus palabras eran tan literarias cuando hablaba como cuando escribía y por eso escucharlo era fascinante, siempre: nunca pequeñeces,

siempre cosas hondas, alegres o tristes, pero hondas.

Cuando las dificultades económicas y la necesidad de apartarse de todo y de todos lo hicieron decidir comprar unas tierras de una finca a la que bautizó Thulé, en Urabá, empecé a recibir unas cartas desoladas y hermosas, donde me contaba de sus bregas con la tierra, los acreedores, sus angustias íntimas y también de la exultación que le producía esa naturaleza en la que se encontraba sumergido. Pero, sobre todo, me contaba de sus novelas, de cómo evolucionaban sus personajes, sus argumentos; de sus dificultades con la escritura, su pulir y pulir las frases hasta que le quedaran perfectas, de cómo había días en que sólo dos frases le ocupaban el tiempo.

Recuerdo su entusiasmo grande cuando recibió el premio que lo situaría desde ese mismo momento en un lugar importante dentro de la literatura regional y del país: nos volvimos a encontrar en el café Le Gris del centro; me llevaba de regalo un ejemplar de Cuando pase el ánimo sola, premio Vivencias 1979. Y la sonrisa no se le lograba quitar del rostro. La espera había dado sus frutos y él, que sabía de esperas, supo conservar esa compostura que hoy pocos logran ante el triunfo, a tratarlo con el cuidado y la cautela con la que el cazador de sus cuentos vigila al tigre que acecha.

Movido por la firme decisión de dedicarse sólo a la escritura, la aventura en Urabá tuvo que terminar y regresó a Medellín donde comenzó su tarea como director del Taller de Escritores de la Universidad de Antioquia y de otros muchos, en los que continuó con el oficio que había interrumpido años atrás, el de maestro. Creo que los talleres enriquecieron su vida durante más de veinte años, pero también creo que ese trabajo, que es como un apostolado donde se está solo, lo fue cansando, silenciando. Pero sus silencios largos nunca ocurrían en su escritura: siempre estaba escribiendo, siempre trabajando en su última novela. En los últimos años Mario seguía luchándose la vida y la escritura, a pesar del cansancio.

En su obra Mario ha dejado constancia de un mundo que desaparecía paulatinamente, un mundo y un modo de entenderlo que él ayudó a develar: ese hombre que se pasea por todas las novelas, que tiene tanto de él, ese Alaín Calvo que se mueve entre el amor, la ternura y la violencia por parajes rurales, exiliado de una ciudad que ni le gusta ni entiende, es un mojón entre dos épocas. Representa no solamente los viejos valores que identificaban al varón de la primera parte del siglo XX, sino que lo critica y reconstruye a través de la introspección más honesta y profunda, sin cobas ni ínfulas. Por otro lado, sus historias de animales constituyen, tal vez, un nuevo género en la literatura colombiana, que por su belleza, fuerza y originalidad, merecen que su

autor esté en primerísimo lugar dentro de la literatura nacional.

A Mario le faltó reconocimiento. Esta ciudad que es tan generosa en críticas es avara en homenajes y en gratitudes. Creo que él pasó por encima de todo eso y se alejó con dignidad de todo vano empeño. Por eso lo que decía venía medido y pesado a fuerza de callarse y creo que de morderse muchas veces la lengua. En su casa en Manrique, mientras bebíamos el café tinto oscuro que tanto le gustaba, decía sus pocas cosas, se quedaba absorto mirando a través de la ventana el paisaje que le gustaba: las flores en la terraza, los árboles que daban a la quebrada, su música. Y de nuevo, en la despedida, el señor de Thulé nos abrazaba a Malú y a mí, como si aún fuéramos las niñas de entonces.

*\*Claudia Ivonne Giraldo. Licenciada en Filosofía y Letras, escritora y docente universitaria. Codirectora de la Revista Odradeck, el cuento.*